

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Cuando ser consciente te cansa. Cuando estás harta y dolorida de tomar decisiones, de dirigir, de saber. Cuando casi ya no quisieras pensar. Cuando ser feminista *es algo que a veces duele*.

Me gustaría ser un pájaro. Pero no creas que un pájaro en su árbol y en su bosque. No; a mí más bien me gustaría ser un pájaro en su jaula. Un canario muy chiflador en un patio lleno de macetas de una casa de pueblo. De Pátzcuaro o de Uruapan. Con una ama cariñosa y vieja que me sacara al solecito todas las mañanas y me platicara y me cantara y que me pusiera mi alpiste y mi flor de nabo y mi agua. Que me guardara al atardecer y me tapara con un trapito.

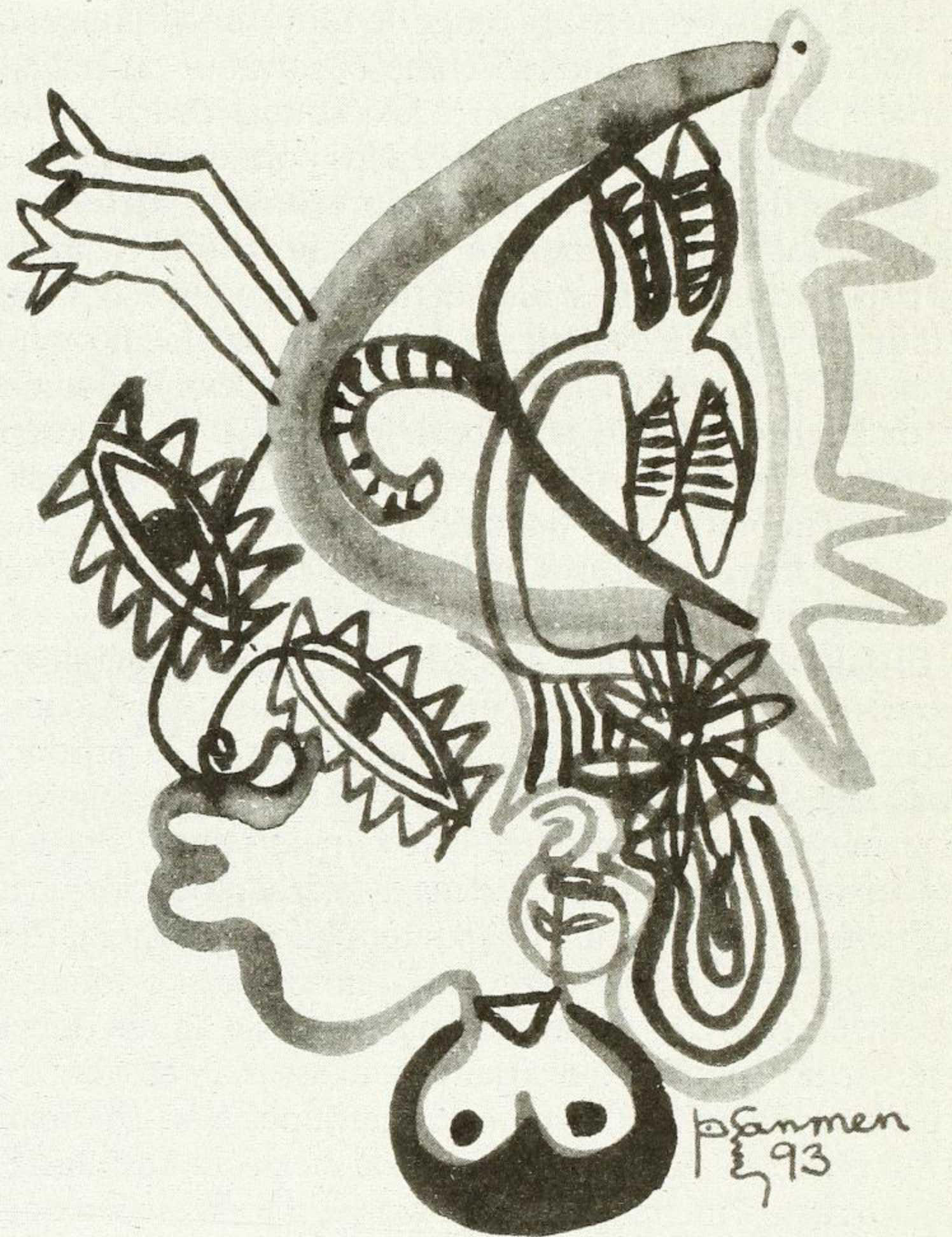
O un pajarito amaestrado, de esos de feria. "A ver, pajarito, sáquele un papelito a la señorita. Toque usted la campanita. Muy bien, pajarito". Mi rutina aprendida perfectamente: saco el papelito, me dan el alpiste.

Que podría ser también un perro de circo. Muy domesticado, muy vigilado, con comida simple pero siempre segura. Protegido del mundo y sus peligros, de aventuras y tentaciones. Aplaudido en las noches, haciendo monerías encantadoras, sabiendo qué sigue en cada momento: ahora párate, ahora siéntate, ahora brinca por el aro. Bailar un poco, dos vueltecitas, se acabó. A dormir. Y mañana lo mismo, como todos los días.

Y si tratara de elegir una forma humana, me gustaría ser esclava. De Grecia antigua o de Egipto, de esas que vendían en los mercados. O mejor, ser una chava del harén del Califa de Granada. Viviendo en la Alhambra, rodeada de jardines y de música de agua. Acompañada siempre de hermanas y amigas, platicando, haciendo el quehacer y cantando y riendo. Sin salir nunca y sin leer el periódico ni conocer el mundo. Y sería elegida, algunas noches: me engalanaría, me perfumaría, me pondría mi esmeralda en el ombligo. Danzaría para el sultán, le contaría algunos cuentos, y yacería con él hasta el amanecer. Y luego, ya vete a tus aposentos. Sí, mi señor. Qué a toda madre. Sin planes, sin compromisos, sin compartir decisiones ni broncas. Sin tener que buscar una *comunicación profunda*.

O dama del siglo doce. Encerrada en una torre de un castillo de Francia, mirando por la ventanita pasar las nubes. Esperando a mi cruzado mientras bordo maravillas y canto dulces romanzas con mi laud. O monjita de clausura, nomás rezando y obedeciendo.

O, como dice mi amiga Estela, qué padrísimo ser objeto sexual. Ser como una de las güeras de Al Capone. Existir no más de adorno, sonriente, ser rubia platinada con mi vestido pegado y *strapless*, siempre de lujo, bebiendo champaña y



limándome las uñas. A la hora de las discusiones álgidas, de las juntas de negocios o de los peligros inminentes, te dan tu nalgada y te dicen: "Desaparece". O "esfúmate, cariño". Y tú te vas a tu cuarto a descansar, a ver la televisión o a leer tu novela de Vanidades, mientras ellos planean su próximo ajuste de cuentas.

Y claro que me encantaría muchas veces ser niña de pecho, en su cunita, hecha taco, bien abrigada. Y que tuviera sus papás. Y que fuera cargada, apapachada, amamantada. Bañada y besada, llevada y traída.

O ser osito de peluche, muy sobado, muy preferido. Dejándome nomás querer, en los brazos de un niño o en su cama o simplemente sentadito en su repisa. O ser una muñeca: ser una Barbie vestida y desvestida, peinada y despeinada, silenciosa, pasiva, actuando lo que tu dueña quiera, y a tí qué te importa, al fin que ni sufres, callada y obediente a cualquier papel y a cualquier postura.

Sí. Te gustaría ser pasividad absoluta, potencia pura, cuando tienes, como hoy, tanto miedo a la libertad.